

SOLEDAD PUÉRTOLAS

Soledad Puértolas nació en Zaragoza en 1947. Estudió Literatura y Periodismo. Entre sus novelas están: *El bandido doblemente armado* (Premio Sésamo, 1979), *Burdeos* (1986), *Todos mienten* (1988), *Queda la noche* (Premio Planeta, 1989) y *Días del Arenal* (1992); también ha publicado la colección de relatos *Una enfermedad moral* (1983).

... Y es aquí donde nace el cuento: no en la fidelidad a los hechos, sino en su deformación. El cuento no es crónica, es un producto de la imaginación y responde a la necesidad fabuladora del hombre, acaso más fuerte que su necesidad de ser testigo de la realidad.

La esencia del relato está en Oriente. Los cuentos por excelencia son los que se recogen en *Las mil y una noches*. Shahrazad consigue la clemencia y aun el amor del rey a través de su don poético...

En razón de su brevedad, de su necesaria concisión, el cuento tiene un centro (a diferencia de la novela, que puede tener varios centros) y su final es tanto una conclusión como una invitación a volverlo a empezar, o empezar otra cosa. Exactamente como sucede en los relatos de *Las mil y una noches*, a un cuento le sucede otro. El cuento lleva el germen de algo y cuando acaba, no se acaba. Está destinado a permanecer, a volver a ser contado, a ser inmortal.

El cuento es como la piedra que se lanza al aire, describe una parábola y vuelve a caer sobre la tierra. Pero vuelve a la tierra con algo de lo que ha encontrado por los aires. Cuando el cuento concluye, sabemos algo más de lo que sabíamos al principio, sepamos o no formularlo. Y tal vez en esta dificultad de formulación se diferencie, fundamentalmente, el cuento de hoy del cuento clásico, el cuento moral. El antiguo y claro mensaje, la

enseñanza, ha desaparecido pero no nos podemos dejar engañar por esa aparente ausencia de mensaje. Sencillamente, no somos capaces de decir qué es exactamente lo que nos está diciendo. Tal vez, sólo nos quede una inquietud, una pregunta sin respuesta. Pero la función es la misma. Nuestra conciencia ha sido sacudida.

... Los cuentos de hoy nacen de la misma necesidad: detener el tiempo, suspender la sentencia. Mientras la muerte amenaza, el contador de historias le vuelve la espalda y habla de otra cosa. No nos engañemos: está hablando de lo mismo, siempre de lo mismo. Y la piedra lanzada al aire cae siempre sobre la realidad.

Viejas historias

Ernesto, el ex-marido de mi hermana pequeña, me llamaba frecuentemente por teléfono para ponerme al tanto de las crisis nerviosas de mi hermana, se desahogaba conmigo y me acababa pidiendo que tratara de calmarla a ella y de comprenderle a él, que hacía dos años que se había separado legalmente de Alicia y que no conseguía vivir sin su vigilancia. Su vida se estaba convirtiendo en un infierno.

Ernesto vivía con Rosana, una chica que por aquel entonces quería ser actriz y que años más tarde lo consiguió, ya en convivencia con otro hombre. Vivían en Avilés desde hacía un par de meses porque, huyendo de mi hermana, Ernesto había conseguido un trabajo como director del departamento de química de una de esas empresas que contaminan el ambiente. Realizaba estudios ecológicos, lo que para Ernesto era algo así como su caballo de batalla, y para la actriz, y para mi pobre hermana. En eso coincidían todos. Tenían razón, a pesar de su tono misio-nero. Pero si se ponían a hablar todos a la vez, tuvieran o no razón, yo era capaz de llevarles la contraria.

Eran escenas que habían tenido lugar antes de que se trasladaran a Avilés y que cerraban las visitas de mi hermana, que se abrían con violencia y lamentaciones, pero que concluían siempre en una amigable conversación sobre la necesidad de preservar las zonas verdes del planeta. La menos amigable en aquel momento era yo, no porque estuviera en profundo desacuerdo con ellos, sino porque me irritaba aquella repentina transformación, esa súbita

reconciliación basada en una idea general y humanitaria que los unía después de haber gritado y llorado (Alicia y Rosana lloraban, las dos, muy espectacularmente, como si se tratara de una competición), haberse insultado y haberse maldecido, sin que aparentemente nada quedara en pie entre ellos. Pues bien, quedaba eso: su loable preocupación por la escalada de destrucción que estaba sufriendo la madre naturaleza. Y aunque todos sabemos que una cosa son las ideas y otra los sentimientos, no dejaba de desconcertarme, y de irritarme, que se produjera aquel desfase tan absoluto entre unas y otros y hasta llegaba a pensar que en algún momento mentían, porque no podía darse tanta radicalidad: o no se detestaban tanto, o las cuestiones ecológicas les importaban bastante poco. Algo tenía que fallar, algo había allí que no encajaba y que yo no conseguía ver. Era así, en aquel estado de perfecta convivencia e idílico acuerdo, como yo me los encontraba cuando, después de recibir la llamada desesperada de Ernesto, iba a recoger a Alicia, y nunca dejaba de pensar, inquieta y atemorizada, que en aquella ocasión me tocaría presenciar los gritos, las lágrimas, las violentas escenas que Ernesto me había contado por teléfono, pero nunca fue así, y aunque en sus caras se podían ver los signos de aquella explosión emocional —los ojos de Alicia y de Rosana estaban francamente rojos y sus maquillajes corridos; eran, inequívocamente, dos mujeres después de una batalla—, los tres estaban tranquilamente sentados alrededor de la mesa baja del cuarto de estar, con una bebida entre las manos, preocupados, dada la naturaleza del asunto que comentaban, pero plácidos.

El mismo Ernesto, con quien había hablado media hora antes y que me había pedido que fuera a ayudarlo a sacar a mi hermana de su casa, parecía no tener ya ningún deseo de poner punto final a aquella reunión. Me ofrecía una copa, se sentaba en el sofá, nos contemplaba con satisfacción y exponía sus teorías, encantado al parecer de encontrarse entre un público femenino tan incondicional. Tres mujeres que le miraban atentamente. Porque, hora es ya de confesarlo, Ernesto era un hombre que nos

gustaba a las tres. Había sido yo quien se lo había presentado a mi hermana, como había sido ella quien había cometido tal vez aún mayor error al presentárselo a Rosana, y estábamos, las tres, a nuestro pesar, perfectamente convencidas de que Ernesto se merecía nuestra devoción. Sus ojos brillaban al mirarnos y se diría que existía en él un constante, puede que inconsciente, deseo de conquistarnos.

Cuando al fin bajábamos Alicia y yo en el ascensor, ella, ligeramente más achispada que yo, declaraba que nada de lo que había pasado le importaba mucho porque lo único que necesitaba para seguir viviendo era poder ver a Ernesto y atreverse a pensar que él todavía sentía algo por ella, y yo la entendía y la disculpaba, aunque no se lo decía, porque hasta yo podía sentir algo parecido, mucho más tibio y controlado, pero sabía, como ella, que Ernesto era condenadamente atractivo y que todavía jugaba con nosotras, sin querer descartar del todo la posibilidad de un reencuentro, una reconciliación, por muy fugaz que fuera, por mucho dolor que nos causara después. Bastante más sensata que Alicia, mayor y más experimentada, yo conseguía ahogar aquel atisbo de esperanza sin excesivas dificultades, sin desmedidos esfuerzos, pero mi pobre y obstinada hermana se quedaba encasquillada, atrapada, y desde ese momento se iba preparando para la próxima escena. Se miraba en el espejo del ascensor y sin duda daba a su propia imagen una cita, todavía no determinada pero cierta, en aquel mismo lugar. Nos volveremos a ver.

Pero no estaba demasiado convencida del fundamento de sus ilusiones y no quería ir sola a su casa, de forma que me pedía que la dejara dormir en la mía, aunque fuera en el sofá, para evitar volver a pensar en Ernesto, para estar rodeada de gente, para no sacar las peores conclusiones sobre su vida. Ajena al orden y a las costumbres de mi casa, repentinamente olvidada de todo, se daba un baño y se paseaba por la casa, canturreando, envuelta en uno de mis albornoces, gastándoles bromas a mis hijos y a mi marido, y ya para entonces sus turbulencias emocionales

parecían perfectamente superadas. Pero así era Alicia, y yo no podía asombrarme. Lo que no conseguía era convencer a mi marido de que su estado era crítico, porque él no acababa de creer que Alicia fuera capaz de violencias. Y yo misma terminaba concluyendo, cuando al día siguiente Alicia se despedía, bien arreglada, perfumada y maquillada, camino de su oficina, que todo aquello no tenía ninguna importancia y que debía de dejar que mi hermana y su ex-marido arreglaran sus problemas solos y, sobre todo, no sobresaltarme, porque cada vez que Ernesto me llamaba, en aquel tono marcadamente trágico, llegaba a pensar que Alicia había perdido la razón y mientras me dirigía hacia su casa en su búsqueda me decía que era ya hora de tomar una medida, de consultar a un médico.

Tantas veces se había dado esa situación y tantas veces la había arrojado de mi cabeza, que creo que estaba un poco inmunizada, aunque confieso que la decisión de Ernesto de trasladarse a vivir al norte me alivió. Al menos, ya no sería para Alicia tan tentador presentarse en su casa y si lo hacía, a Ernesto no se le podía ocurrir llamarme en busca de ayuda, porque Avilés estaba lo bastante lejos como para que esa petición resultara excesiva.

Fue Alicia quien me lo comunicó, y percibí que, a pesar de sus quejas, en lo más profundo de su ser aprobaba la decisión de Ernesto, consciente de que la distancia entre dos personas que no han conseguido, para la desesperación de una de ellas, la armonía en el amor, es indiscutiblemente terapéutica. Tal vez estaba ella cansada de sufrir, de llorar, gritar y reconciliarse al fin hablando de ecología, de venir a casa después de las peleas para bromear con mis hijos como si nada hubiera pasado y ella fuera la tía soltera y alegre de las novelas rosas. Esas escenas debían parecerle, al fin, unas iguales a otras, y debían dejarle la sensación de una repetición absurda, casi aburrida. Sin duda, ella también admitía la conveniencia de esa medida, que nunca se hubiera decidido a tomar, pero que le beneficiaba. Ahora empezaba su verdadera separación, ahora tenía que adaptarse a su nueva vida y tomar

medidas para no dejarse hundir. Ernesto quedaba fuera de su alcance.

En todo caso, fue Alicia quien me dio la noticia. Ernesto no tuvo la delicadeza de llamarme para despedirse de mí. Sus llamadas respondían sólo a la urgencia, a la desesperación. Cuando se fue, en una huida que a todos nos pareció muy razonable, no consideró necesario hacerme lo saber.

No fui consciente de esa época de paz, porque es difícil valorar la calma, cuando se tiene. Se añora en el mismo momento en que se pierde, y sólo entonces parece el mejor don que pueda obtenerse sobre la tierra. Entre tanto, no se piensa en ella porque ése es su regalo. En la verdadera calma no cabe el análisis. Pero me temo que estoy, ya, hablando de otra cosa: estoy hablando de mí.

No sé el tiempo que transcurrió hasta que volví a escuchar la voz de Ernesto. Lo primero que me asombró fue que aquel timbre tan conocido no sonaba con ansiedad, no era un grito, una llamada de urgencia. Tenía una cadencia lenta, de cansancio.

—¿Sabes dónde está Alicia? —me preguntó, después de interesarse brevemente por mi existencia.

—Supongo que estará en su casa —dije, comprendiendo de inmediato que él ya habría intentado localizarla allí.

—No está —confirmó— Llevo días buscándola. No ha ido a trabajar desde hace cuatro días y su teléfono no contesta. Por eso te llamo.

—Puede que esté de viaje.

—En la oficina no saben nada. Pidió unos días de vacaciones, pero nadie sabe dónde está. Creí que teníais mucha confianza —ahora su voz cansada cobró un matiz de irritación, de reproche.

—Alicia es bastante mayor. No suele darme explicaciones de su vida —me defendí—. Y siempre ha hecho lo que le ha dado la gana, como seguramente sabes.

Una de las cosas que había hecho era quitarme el novio y casarse con él sin mostrar jamás el menor remordimiento por ello. Supuse que Ernesto sabía a lo que yo me estaba refiriendo.

—¿La crees capaz de cometer una tontería? —me preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—La última discusión fue bastante fuerte. En realidad, le dije cosas que no siento. Ya sabes cómo acaban esas peleas, uno acaba sacando lo peor, sólo por fastidiar, por hacer daño. De repente, todo se convierte en una cuestión de honor, de amor propio. Lo único importante en ese momento es vencer, humillar. Creo que me pasé de rosca.

—¿Cuándo fue eso?

—El viernes pasado.

—¿Fue Alicia a Avilés?

—Sí. Me quedé asombrado. Nunca pensé que vendría hasta aquí. Se presentó con una maleta y dijo que se quedaría en casa hasta estar perfectamente convencida de que no había nada entre ella y yo. Que necesitaba esa prueba antes de decidirse a olvidarme. Cielos, a veces pienso que está loca —suspiró—. Por eso me preocupa —al fin, salía ese verbo: preocupar, que estaba al fondo de la conversación.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Muy poco. Yo estaba solo. Rosana estaba en Madrid, haciendo unas pruebas. Supongo que eso fue lo que me empujó a insultarla. Pensé que Alicia estaba enterada de la ausencia de Rosana, que, desde Madrid, nos seguía espionando. Me llené de ira. La insulté y la eché de casa. Le puse la maleta en la puerta, la cogí del brazo y la saqué al descansillo. Cerré la puerta y ya no la volví a abrir, aunque ella siguió tocando el timbre. Al fin, pidió el ascensor y se fue. Al poco tiempo, empezó a sonar el teléfono, pero no lo cogí. Y eso es todo lo que sé —volvió a suspirar—. Rosana vino el domingo y me hizo llamar a Alicia. En realidad, creo que Rosana siente simpatía por ella. No le pareció bien que la hubiera tratado así. Pero ya no pudimos encontrarla. La estamos buscando desde el lunes. ¿Dónde crees que puede estar? ¿No te parece extraño que no te haya dicho nada?

Me resistía a inquietarme, pero tampoco sentía ningun-

na necesidad de tranquilizar a Ernesto, cuyas llamadas nunca habían sido tranquilizadoras.

—Voy a intentar buscarla —dije.

Pero cuando colgué el teléfono comprendí que no sabía cómo hacerlo. No sabía mucho de la vida de mi hermana y no quería asustar a mis padres que eran los únicos que tal vez tenían algunos datos sobre sus actuales amistades. Me las arreglé para sacarles un par de nombres sin levantar demasiadas suspicacias, pero volví a encontrarme en un punto muerto. Nadie sabía nada.

Ernesto me volvió a llamar.

—¿Crees que debemos acudir a la policía? —me preguntó.

Yo tenía la mente paralizada y su sugerencia me sorprendió.

—Supongo que sí —dije— Hazlo tú, por favor. Es algo que me impresiona demasiado.

Me telefoneó en cuanto la policía hizo sus investigaciones. Ni en las comisarias ni en los hospitales se sabía nada de mi hermana, y eso era todo lo que podía hacerse. Si tenían otras noticias, nos las comunicarían de inmediato.

Pero no nos llamaron.

Alicia apareció el lunes siguiente. Lo supimos porque la telefoneamos a la oficina. Cuando hablé con ella, acababa de hablar con Ernesto.

—No entiendo por qué os habéis preocupado tanto —dijo— Me he ido de viaje.

—Pero no se lo habías dicho a nadie.

—Soy ya bastante mayor, ¿no crees?

Algo parecido le había dicho yo a Ernesto hacía unos días.

—¿Fuiste sola?

Se rió.

—Ya que me lo preguntas, me fui con un chico.

Parecía bastante contenta, y me alegré. Tal vez había encontrado ya la forma de consolarse.

Sucedió otro periodo de calma, sin que yo dedicase mucho tiempo a las vicisitudes amorosas de mi hermana. Y una tarde de invierno, sonó el timbre de mi puerta de

una manera insistente. Era Ernesto. No quiso pasar, sólo pidió por favor que lo acompañara a un bar porque quería hablar conmigo a solas.

—Aquí no —dijo— No quiero molestar. Sois una familia.

Temblaba, no se había afeitado, me miraba fijamente bajo el mechón de pelo mojado que cubría su frente y parte de sus ojos. No di muchas explicaciones y me fui tras él. Anduvimos bajo la lluvia fría —yo sostenía mi paraguas contra el viento y Ernesto no hacía nada por cubrirse— hasta encontrar un bar que le gustara. Éste no, decía, tiene demasiada luz, aquí hay demasiada gente, éste es horroroso... Al fin, se decidió, un poco resignado, y entramos y nos sentamos y pedimos algo de beber. Yo le observaba, esperando que empezara a hablar, ¿qué podía preguntarle?

Bebió, se pasó la mano por la cara, miró la superficie lisa de la mesa.

—Me ha dejado —dijo— Se ha ido definitivamente.

—¿Quién?

Me devolvió una mirada de asombro, vacía, como si no me entendiera.

—Alicia —susurró.

—Creí que eras tú quien la había dejado.

Negó con la cabeza, volvió a restregarse la cara mojada.

—Cielos, no lo sabía, te lo aseguro, no me había dado cuenta. Es la única mujer a la que he querido. No soporto perderla. No quiere verme. Dice que nunca nos volveremos a ver.

Se puso a llorar. Sacó un pañuelo y se limpió la cara.

—Es tan raro todo esto, tan extraño.

—Has necesitado que Alicia te dejara para darte cuenta de que la querías —le dije, y supongo que era un reproche, por Alicia y tal vez por mí, que nunca le había dejado.

—Soy un estúpido, lo sé —dijo— Pero estoy desesperado. Nunca volveré a tenerla.

—¿Para qué querías verme? No puedo hacer nada por ti.

Volvió a dedicarme una mirada de desconcierto.

—No lo sé —balbuceó— De repente, me vi frente a tu casa. Supongo que eres la única persona a la que le puedo decir esto.

—Siempre acudes a mí —dije, con mi viejo resentimiento— Cuando Alicia te molestaba y querías que se fuera de tu casa, me llamabas para que me la llevara a la mía. Ahora que no quiere verte, me llamas para llorar sobre mi hombro. ¿No crees que eso es muy cómodo? Yo siempre estoy ahí, para ayudarte. Te saco de apuros y te consuelo. Deberías de preguntarte por qué lo hago. Tal vez no quiera hacerlo. Tal vez me haya cansado de ayudarte.

El vacío de sus ojos se convirtió en pánico y, a mi pesar, sentía compasión. No podía ayudarle, pero todavía me conmovía, y me acordé de Alicia cuando, después de una de sus violentas escenas y posterior reconciliación, se miraba en el espejo del ascensor de la casa de Ernesto y se decía que él la amaba y que ella no podía renunciar. Al fin y al cabo, ahora se demostraba que tenía razón.

—Lo siento —murmuró— Pero no te vayas. No puedes fallarme.

Decidió sobreponerse a su temor y se echo a reír. Fue entonces cuando comprendí que estaba verdaderamente borracho.

—Vámonos —le dije— Prefiero andar bajo la lluvia.

Al ponerse de pie, empujó la mesa y su vaso cayó al suelo. Me excusé con el camarero, cogí a Ernesto del brazo y lo saqué a la calle. Al otro lado de la puerta de cristal del bar, el camarero se inclinó para recoger el vaso roto.

Anduvimos mucho rato, cobijados bajo mi paraguas, envueltos en el ruido de la lluvia, hablando cada uno sin escucharnos demasiado, contando retazos de vida y de ilusiones, sosteniéndonos mutuamente.

—¿Cómo va a terminar esto? —preguntó Ernesto.

De vez en cuando, lo decía, como una frase de la que uno no se puede desprender, que termina por perder su verdadero significado y se convierte en algo desconocido, ajeno, salvador, una respuesta.